

Cartas a Mis Pacientes



Ilustración: José Luis Alcover Lillo.

M. Gloria Alcover Lillo*

Navidad, Epifanía, Contagio... y Defensas Inmunitarias

Si hay dos conceptos que unidos producen una conmoción en el alma de un paciente de la “actualidad” (otra palabra clave) son **contagio** y **sistema inmunitario**; algo tan tangible, real, esperanzador y eficaz como nombrar a Santa Bárbara en plena tormenta en el Medioevo para evitar una calamidad.

Hoy, todos los seres humanos vivimos preocupados por obedecer a los *in-put* mandados desde el altar de la sanidad de cada país para evitar el contagio, estimular el sistema inmunitario y así asegurarnos de llevar a cabo una verdadera “medicina preventiva” (otro concepto de moda) que nos pueda evitar lo peor de nosotros mismos y de nuestra natural condición humana: el dolor, la enfermedad y la muerte sorpresivas. Es decir, sin nuestro permiso, sin tomar arte ni parte.

Y, todo esto, mientras que en las 24 horas del día nos llenamos de porquerías, comida basura, fármacos para cualquier “defectito en el funcionamiento de la máquina”, radiaciones, alimentos transgénicos, programas televisivos donde sólo (y sin parar) se ven homicidios, violencia, prostitución y exaltación de los vicios que se suavizan con la publicidad oportuna y/o con una imagen fascinante, poética, artística... mientras una música adecuada enaltece y embellece el horror.

*La autora es médico cirujano por la Universidad Complutense de Madrid (España), con especialidad en Ginecología y Obstetricia; además, tiene la especialidad en Homeopatía por la Escuela de Posgrado de Homeopatía de México, A.C., y es miembro de honor de la Universidad de Sevilla, la Academia Médico Homeopática de Barcelona, la Escuela Médico Homeopática Rumana, la Escuela Médico Homeopática Ecuatoriana, la Escuela Médico Homeopática de Bogotá y el Instituto G. Páez de Bogotá.

Se comienza la mañana con la devastación de lo que el mismo hombre produce, y queriendo, o sin querer, se participa de la evidente experiencia del poder del hombre sobre la tierra... aunque sea destruyendo y matando. Una forma particular de sentir un cierto “poder sobre la muerte” que subliminalmente nos va creando una idea de imperio del horror... pero de imperio a fin de cuentas. Este tema, por otra parte, es fundamental cuando nos enfrentamos a la **Natividad** y la **Epifanía** que nos envuelve en estas fechas.

Nativitate proviene de *nati*, “nacimiento”; *vita*, “de la vida”, y *te*, “para ti”.

En este periodo se verifica, en modo circular (con carácter de eternidad) y cada año, el cumplimiento de la promesa de la encarnación de Dios mismo (el *Misterium Tremendum*) en la persona de Jesucristo, la piedra angular que une definitivamente y para siempre la Tierra con el Cielo dentro y fuera de nosotros, y el verdadero triunfo sobre la muerte que se coronó con el “hecho” de la resurrección de Cristo y la manifestación anticipada y cierta de la vida transfigurada que futuriza esta nuestra dimensión, por el momento tan terrenal que, como todos sabemos, antes o después, en mayor o menor medida, nos llena de dolor, enfermedad y sufrimiento. La consabida dimensión de la tragedia humana.

Tanto si se cree como si no se cree en ello, es esto lo que se celebra. Y se celebra la importancia del **amor hecho carne en la vida cotidiana** por el que, en el fondo, todos suspiramos y es el punto de sufrimiento fundamental en nuestras vidas, actuado de mil maneras.

Por eso, normalmente la Navidad es motivo de una gran depresión entre los humanos actuales, lo que genera que elijamos irnos de “vacaciones” físicas y morales (ya que decir espirituales es decir demasiado) para no asistir a la “tragedia” del ver con nuestros propios ojos que, a nuestro alrededor, en vez de amor hay desamor y que, probablemente, uno mismo, una vez más, no ha sabido amar suficientemente.

Epifanía (*Epiphaneia*) significa **aparición**, y hace referencia a la condición del *homo adorans* constitutiva de nuestra realidad, mucho más fundamental que el *homo faber* y el *homo sapiens*, la cual se realiza históricamente en la figura de los Reyes Magos desde el momento que vieron la estrella que anunciaba el cumplimiento de la promesa. La epifanía es el reconocimiento de la **realidad radical** de lo que este niño fue-es y será: oro por su soberanía, incienso por su divinidad y mirra por su vida mortal. Y a la mitad de estos dos elementos de la ecuación de mi pequeño escrito está la palabra contacto. ¡Sí!

<Navidad... Epifanía...> Contacto <...Contagio ...Sistema inmunitario>

Todo empezó cuando recordé que mis profesores me dijeron que en la vocación y el ejercicio del médico “no importan tanto la sanación y la curación de un solo individuo, que es fugaz, sino la sanación y la curación de la especie”, queriendo darme a entender la importancia trascendente de mi quehacer y la amplitud del panorama que debía tener mi mirada, mi visión sanadora.

Confieso que yo, hija del espíritu de mi tiempo, sentí que me decían una barbaridad porque, ¿cómo podía darse tan poco valor al individuo? ¿A mí, que pertenezco a una generación que se ha aferrado a la individualidad de tal modo que hemos degenerado en el individualismo?

¿Y los otros? ¿Los otros? Esa especie humana, esa masa que tengo que sanar, ¿quiénes son? La respuesta es, como siempre bíblica: “aquellos que Dios me ha dado como compañeros en el camino hacia la vida eterna” = **vosotros**.

Así que empezaremos por hablar del **contagio**, que deriva de *cum*, “juntos”, y *tagere*, “tocar”, aplicado al acto de comunicar una enfermedad en forma mediata o inmediata.

Desde que el gran Pasteur inició su aventura hacia el microscópico e intangible mundo de los virus y las bacterias, la palabra contagio irrumpió aterrorizando al planeta. Y tanto fue el terror que empezaron las batallas heroicas, hasta nuestros días, para contar con un ejército capaz de acabar con todo tipo de infinitos enemigos invisibles. No importó para nada que la conclusión de toda una vida de investigación sobre el mundo microbiano terminara en la célebre y humildísima frase del mismo Pasteur: “**El terreno lo es todo, el microbio es nada**”, haciendo así, sin pretenderlo, la mayor confirmación del fundamento de la medicina homeopática, llamada desde sus orígenes **la medicina del terreno**.

El clamor de la batalla era ya lo suficientemente fuerte como para ser sordos a una frase tan definitiva. Desde entonces el hombre temió lo que teme todavía y lo que temió siempre: que un ser invisible y maléfico, enviado de los dioses por capricho o por castigo, se apodere de su vida, la posea y la destruya, ocasionándole la muerte.

Antes eran los espíritus malignos; hoy se llaman virus, ultravirus, formas LP, pero siempre esos seres invisibles, “terribles, vengativos y malditos”. De repente, el hombre se “contagia”, se enferma e incluso muere. ¿Cómo es posible? El ejército, el sistema inmunitario, no es sufi-

ciente; se necesita enriquecer, activar, para evitar el poder de estos maléficos elementos que nos esperan detrás de la puerta para evitar esta maldición (una idea que parece más del Medioevo que de la vida moderna).

El sistema inmunitario actualmente se concibe como la fuerza definitiva y superior de la realidad biológica del ser humano. Un buen ejército impedirá la destrucción. Por eso, hay que añadir a “todo” lo que se tiene algo más. Y así se justifica el comercio sin fin de todo tipo de sustancias, integradores y demás que enriquecen al comercio farmacéutico. La eficacia, más que confirmarse, se supone, pero se asienta la nefasta idea de que la salud también se puede comprar, a pesar de que la experiencia general es que esto no es así. ¿Por qué?

La visión mecánica del hombre ha hecho que se pierda el sentido común y que se deje de saber lo que, en el fondo de nosotros mismos, todos sabemos: que la enfermedad es un estado de existencia. Que es la propia naturaleza la que origina, da forma y cura las enfermedades. Que cada célula de nuestro ser contiene todo nuestro ser mismo. Que cada órgano refleja una dimensión vital y emocional, e inteligente, de nuestra **totalidad**, y que la enfermedad es el resultado mediato o inmediato, individual y hereditario (porque somos una continuidad, una comunidad) de la pérdida de las condiciones óptimas de nuestra existencia. Que el sistema inmunitario es un aspecto de nuestra estructura y depende de nuestra personal vida individual; que no es un abstracto que se pueda estimular “sin mí”; que la forma justa de recuperar la salud es retornar a las condiciones óptimas de vida que pertenecen a cada cual y, si no es suficiente, debo recibir un “remedio similar” a todo mi sufrimiento, que resuene en mí y que sea capaz de actuar en el espacio donde mi ser biológico, psíquico y trascendente responde: mi fuerza vital individual y específica.

Y finalmente, el **contacto**. Esta palabra se convierte de repente en el “tercer elemento” (como diría Platón) que une los dos anteriores, de tal manera que sin ser uno y sin ser el otro, tiene algo del uno y del otro a la vez; *con*, “juntos”, y *tactus*, “tocado”. Y tienen que ver tanto con el tocar con el cuerpo o con alguno de los sentidos, el olfato, la vista, el gusto, el oído, con el alma, con la visión interior, como un gesto libre personal de acercamiento y don de sí mismo, como con “dejarse tocar” o permitir ser tocado por el otro.

¿Será a través del verdadero **tocar la vida** que los seres humanos seamos capaces de superar la idea de que “el otro”, o “lo otro”, nos puede enfermar descubriendo que al tocar de verdad y dejarnos verdaderamente tocar, sorprendentemente, sin saber por qué ni cómo, en formas muy diversas, amamos?

¿Será que a través del “otro” nos conocemos y nuestra vida adquiere verdadero sentido? ¿Será que a través de este **contacto** verdadero podemos conocer y reconocer, identificar al otro para así poder respetarlo y amarlo verdaderamente?

Un dejarse tocar que nos permitirá conocer “al otro”, alargando y enriqueciendo profundamente nuestra vida. Se trate de “lo otro” como naturaleza, plantas, animales, estrellas, seres humanos y mucho más, y sobre todo el gran “otro”: el amor de Dios, el Dios amante.

¿Será quizá que podemos hacer realidad la *Nativitate*, la encarnación del amor en nuestro ser entero, en nuestra realidad radical, en nuestra tierra doliente y nuestra vida cotidiana, y permitir, así, que se abra en nosotros el agradecimiento como premisa de la adoración natural debida a la fuente de la vida que nos provee de su vida misma, como el tesoro más grande de nuestra existencia? ¿Será así que desarrollaremos, como una especie de generación espontánea, como por infusión, como por ósmosis, una gracia exquisita para nuestro vivir: **el gusto por el otro** (que es lo que en verdad aumenta las propias defensas Inmunitarias)?

Que este Dios que viene es contacto lo escribe muy bien alguno que lo ha encontrado en su momento, y dice:

Tarde te he amado,
hermosura tanto antigua y tanto nueva,
tarde te he amado.

Tú estabas conmigo,
pero yo no estaba contigo.
Tú estabas dentro de mí,
pero yo estaba fuera.
Y por fuera te buscaba.
Más, deforme como era,
me lanzaba sobre esas cosas hermosas que tú creaste.
Me retenían lejos de ti aquellas cosas
que si no estuviesen en ti, no serían.

Pero tú me gritaste y me llamaste,
y tu grito venció mi sordera.
Me miraste y resplandeciste
y venciste mi ceguera.
Exhalaste tu perfume y te respiré,
y desde entonces te anhelo y suspiro por ti.
Gusté de ti y
siento hambre y sed de tu presencia.
Me tocaste
y desde entonces ardo en deseo
de tu amor y de tu paz.

Les deseo a todos que no les dé miedo el **contacto**, que sea de verdad *Nati-vita-tes* para vosotros y para todos los vuestros, llenos de fe y de gracia. Y que lo bueno, deseado y prometido en sus corazones, **¡se cumpla!**

¡Feliz 2016!